

La experiencia de un joven sacerdote en su parroquia de Pampliega (Burgos) donde se encontró con una mujer llena de Dios crucificada en el lecho por una larguísima enfermedad y los testimonios de ella, una vez destinado el sacerdote a otros lugares, a quien la dirigía espiritualmente, la animaba, la entendía, la orientaba, la consolaba, son una perfecta muestra práctica de una carne ungida por el Espíritu. No es en modo alguno un pegote. Es un ejemplo. De lo que puede el Espíritu en una carne desmoronada pero absolutamente abierta á Él.

Toma pie el autor de una serie de textos de San Ireneo que glosa y reza. Para hoy. Los que se animen a leerlo seguro que me agradecerán la recomendación. Se siente uno bien después de haberlo leído. Tras haberlo rezado.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA

***Pablo Martín de Santa Olalla Saludes: JAVIER OSÉS. UN OBISPO EN TIEMPOS DE CAMBIO* (*)**

Creo que es de elemental honestidad por mi parte comenzar confesando que no tengo ninguna simpatía por este obispo a quien considero uno de los mayores responsables de una línea seguida por la Iglesia española que ha conducido a una situación de la que está costando muchísimo trabajo comenzar a remontar. No voy, sin embargo, a escribir una contrabiografía a la que nos presenta Martín de Santa Olalla. Simplemente voy a comentar la suya.

Estamos ante un libro hagiográfico. Admira a Osés y lo manifiesta. Está en su derecho. Aunque no comparta muchas de esas admiraciones. Y reconozco que el obispo que ha elegido es uno de los más interesantes y representativos de esa época.

Osés nació en Tafalla el 23 de agosto de 1926 y falleció en Pamplona el 22 de octubre de 2001. El libro pasa por alto los

(*) Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 2007, 354 págs.

años sacerdotales del biografiado y se limita a analizar su etapa episcopal que desarrolló únicamente en Huesca. Primero como auxiliar (1969-1977) y después como residencial (1977-2001). “Fue desde el primer momento un hombre vetado por el Régimen” (p. 27). Sin embargo, casi todos los años de su pontificado fueron posteriores a Franco.

Llegaba Osés al episcopado en la confusa situación que vivió la Iglesia en España en los últimos tiempos del Régimen de Franco y en el que desempeñaría tan destacado papel en nuncio Dadaglio. En Huesca era si cabe más complicada por la avanzada edad de su obispo, Don Lino Rodrigo, incapacitado ya para el gobierno pero a quien no se sustituía por las dificultades de nombrar a un sucesor grato a Roma. Son años muy insuficientemente tratados en el libro. Aunque Osés, desde las palabras pronunciadas en su consagración, quiso dejar bien claro con qué talante venía: “Pero no me sentiría satisfecho si no llegase a dialogar y hasta a una verdadera amistad con los que, por las razones que sean, estáis alejados y aun resentidos contra la Iglesia. Acaso estáis más cerca de Jesucristo y de la Iglesia que Él quiere, y sólo estáis disconformes con ciertas actitudes y comportamientos de algunas personas de la Iglesia que tampoco Jesucristo aprueba” (p. 34).

Creo que reflejan muy bien a este obispo idealista, soñador y utópico a quien Cristo debía comunicarle lo que quería y aprobaba para hacer con sus amiguetes una Iglesia distinta, que naturalmente era la buena. No la que había.

Y ahora una observación de mínima entidad. Los famosos gritos de “Tarancón al paredón” no tenían la menor intención de “emparedarlo” (p. 45), como a Don Mendo.

No deja de ser curioso el “abierto enfrentamiento” (p. 53) de Osés con su arzobispo metropolitano Cantero con motivo del “caso Fabara”, protegiendo el de Huesca de modo abierto, quien terminaría sus días activos como cardenal arzobispo de Toledo, Francisco Álvarez, lo haría de modo más solapado, a los sacerdotes que se habían enfrentado a su arzobispo en una intrusión en otra diócesis difícilmente justificable. Pero el de Huesca sabía

que la estrella del de Zaragoza declinaba y que lo que entonces se cotizaba era oponerse a los viejos obispos del pasado.

El autor se hace eco de una polémica medida de Osés muy en línea con su pensamiento social utópico. En una diócesis deficitaria decide suprimir los aranceles parroquiales (p. 99). Que como todo el mundo sabe son reducidísimos. Tendría que recurrir después a la venta de bienes de la Iglesia porque esas genialidades sólo conducen a incrementar la ruina.

Osés, que había sido nombrado obispo de Huesca en una de las últimas promociones de Pablo VI empezó a percatarse de que habían cambiado los aires vaticanos y que desaparecían las posibilidades de dejar la diócesis altoaragonesa. No era ya de los obispos que gustaban en Roma.

Martín de Santa Olalla señala algunos de esos puntos que sin duda influyen en la postergación de Osés. Que “venía a preguntarse por qué seguía impidiéndose el acceso de la mujer al sacerdocio” (p. 227). Mantenía tesis liberacionistas (p. 229). Se mostró dubitativo ante algunos casos de aborto (p. 242). Y partidario del uso del preservativo en determinados casos (p. 245). Había llevado al jesuita Castillo a pronunciar una conferencia (p. 271). Se mostraba favorable a los partidos de izquierda (p. 280). Contrario al ingreso en la OTAN (p. 282). Sus amistades con Ubieta (p. 304), con Iniesta (p. 305), con Setién (p. 311), con Pagola (p. 312). La participación en uno de los congresos de la Juan XXIII (p. 306)...

Su reloj se había parado y ya no sintonizaba con las horas de Juan Pablo II. Y al día siguiente de presentar la renuncia se la aceptó. Cierzo que la enfermedad le impedía ya el gobierno de la diócesis pero hemos visto otros casos análogos en los que no hubo tal celeridad.

Sobre otras virtudes que resalta el libro nada tenemos que decir en contra. Era de una más que notable austeridad personal y supo hacerse próximo a la diócesis. Aunque podríamos citar ejemplos de que era selectivo en sus proximidades.

El texto es interesante y ofrece sin duda numerosas noticias sobre el pontificado de Osés. Aunque está escrito sin el menor

atisbo crítico. Y puede servir para conocer lo que fueron no pocos obispos de esa hornada dadagliana que en mi opinión fue pésima para la Iglesia de España.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA

Manuel Suárez y Máximo Pérez: “¡CLAMA! ¡NO CALLES!” ()*.

No tenía ni idea de la existencia de este jesuita. No recuerdo haber oído hablar nunca de él. Y eso que cuando él fue superior de la Casa Profesa de la calle Serrano de Madrid yo frecuentaba iglesia y casa. Allí vivían jesuitas con quienes tuve muchísima relación: los PP. Caballero, Rafael Ceñal, Gómez Hellín, Sánchez de León... Y acostumbraba confesarme con el P. Jiménez.

Pues notabilísimo jesuita, seguramente el último gran misionero popular, ministerio en el que tanto sobresalieron los hijos de Loyola. Una vida, y larga, que se agotó en la predicación. Nada más que en eso. Pero también tanto en eso. Innumerables misiones populares, ejercicios espirituales, novenas, sermones...

Es inevitable no recordar al gran padre Tarín, el apóstol de Andalucía, Extremadura y la Mancha. Y curiosamente el P. Rodríguez llevaba sobre su pecho el mismo crucifijo de aquel otro gran apóstol que le habían confiado en generoso depósito.

La historia de este jesuita es menos espectacular que la de su predecesor. O por lo menos sus biógrafos no la han hecho tan pasmosa. Pero refleja muy bien a un santo jesuita, de austeridad más que notable, piedad excelsa y obediencia suma. Un jesuita ejemplar. Devorado por el celo por la salvación de las almas y devotísimo del Sagrado Corazón.

Ya he dicho que sus biógrafos son contenidos en el relato y casi se podría contener el libro en una página. Fue un gran misionero que

(*) P. Eduardo Rodríguez, *SJ Misionero Popular*, BAC, Madrid, 2006, 227 págs.